

Pliego de poesía de La Colmena

ENRIQUE VILLADA

EL CORAZÓN DEL FAUNO





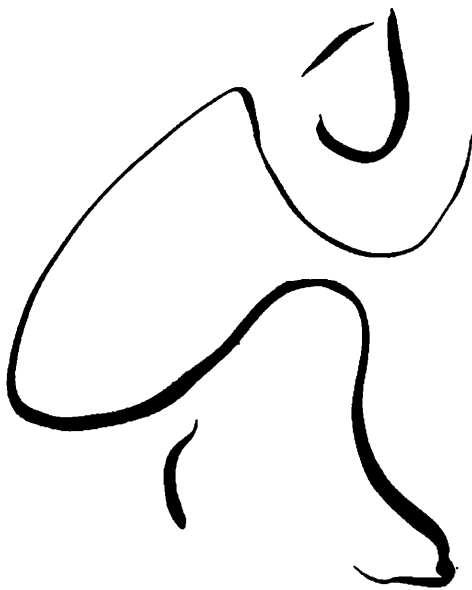
Dibujos de QUINTIN VALDÉS

*No todas las mujeres son Helena, lo sé,
Pero Helena habita en sus almas.*

*Querida:
también en la tuya,
por eso te quiero.*

*No podría quererte de otro modo.
Imagínate que ves
un campo de mujeres,
todas blancas, de plata:
¿qué habrías hecho
sino quererlas?*

WILLIAM CARLOS WILLIAMS



Sus voces vienen de muy lejos. Son el eco de otras voces. Me recuerdan a las niñas prisioneras en colegios, desde el alba hasta el atardecer. Sus manos asomadas por el zaguán como pequeñas mariposas, sus ojos húmedos, sus vestidos perfumados, floreciendo.

Sus voces cantan a los pájaros que cruzan el espacio por encima de las altas bardas, sus manos acarician a la distancia las alas de papel de china. Su corazón se abre como los girasoles, como las bocas con las que pronuncian los frutos de este día. Enrojecen las manzanas dibujadas con un lápiz de labios sobre la seda del papel.



Lamento haberlas visto desde siempre. Me dejaron la nostalgia y el ansia de partir apenas llego. Voy comprando el ébano y las perlas como quien sabe que paga con moneda falsa. Soy pobre desde que me dejaron la opulenta sazón de sus caderas. Malgasto las horas en buscarlas. Las calles son como montañas a donde llegan en parvadas, zurean dentro de sus vestidos sin sospechar el miedo. Caigo enfermo entre sus brazos, ardo de fiebre, me transformo en un esclavo. Deliro. Vuelo.

¿Qué cosas insospechadas guardan? Una máquina para moler las sombras, una luna negrísima en el cuello, un libro de noches donde sus ojos incontables parpadean.

Recuerdan con su cuerpo, llevan a flor de piel sus pensamientos, una lluvia de llanto estalla en sus pañuelos.

Persiguen al fantasma de sus pasos por escaleras que terminan en un muro. Su sombra es una espiga que crece en el silencio.

El mar de mi niñez se sigue llamando cielo. Los piratas venían al asalto desde barcos de nubes, rompían el oleaje con sus largos cuchillos. Sus golpes, como truenos, destazaban las jarcias de mi pecho.

Pero el agua de tu vestido es más azul, flotan en tu cabello las hebras de medusa. Tu cuerpo navegable me lleva hasta las islas del infierno.



No te busco en el cuerpo, en el alma te busco, en las horas pasadas. Entro en las viejas casas, desempolvo las camas, me sumerjo en las piedras, te llamo y no respondes.

O hablas a la hora en que no estoy, te contestas la lámpara apagada. Sobre la mesa vuelan las páginas, negras como las urracas.

A veces, cuando abro algún libro, salen volando sus mensajes con la huella de la espiral arrancada. Sus labios, otra vez, saben a hierbabuena.

Paseábamos por la ciudad como por un museo, nos asombraban los olorosos bodegones.

Al reverso de esta página voy a escribir su nombre. Cuando ella lea, una paloma se irá hasta sus manos. Dos palomas. Mis palabras volarán como bajo las cúpulas de las catedrales. Sabrá que no la olvido.

Ahora que pasean los paraguas sobre la sombra de los hombres, pienso que en algún lugar ella camina con los pies mojados.

Me contaba que su madre la tumbaba sobre la cama, mordía sus rodillas haciéndola reír. A esta hora deberá llegar a casa, ella la desnudará, la envolverá en un templo de perfumes exquisito, para borrar las huellas del vampiro. Yo acariciaré las cicatrices de sus dientes, invocándola.

El sol me hace una piel de leopardo a través de los árboles. Yo busco las señales, interpreto el vuelo circular de las aves de presa, avanzo entre las altas hierbas.

Hay huellas de pisadas en el polvo, el aire me trae un olor suave. Una cabellera de heno descende como una cascada, descubro un triángulo de sombra, un flanco se desnuda provocando mi gula.

Ellas, mientras tanto, olfatean el miedo, se saben dueñas del terreno y sorprenden al cazador, con mucha más furia cuando están heridas.





Universidad Autónoma del Estado de México

UAEM